

Destinos celestes

Antumbra



Capítulo 1

Destinos celestes

La tierra se siente áspera bajo mis botas. Aún con los ojos cerrados, mi memoria retiene el paisaje que se yergue frente a mí, desde la cima de la colina; absolutamente nada salvo desierto, por kilómetros y kilómetros, sin rastro alguno del líquido vital que alguna vez cubrió el planeta a excepción de la que corre por mis venas. En otros tiempos, las frías arenas del desierto nocturno me habrían congelado, pero la Tierra ha cambiado. Durante la noche hacen veintidós grados Celsius. Por nueve horas al día, ese desierto sostiene la vida, pero se convierte en un infierno las restantes quince. Nadie ni nada sale durante el día. Todo sucede en plena oscuridad, aunque tampoco es como que ocurra demasiado. Salvo por mí, ya no quedan alimañas de las que preocuparse, ni grandes ni pequeñas. Ni escamosas, ni venenosas, ni peludas. Sólo yo.

Miro al cielo con consternación. El brillo de la luna llena hace que mis ojos tarden en vislumbrar las demás estrellas del firmamento, pero no son estrellas lo que busco, sino un satélite artificial que orbita este mundo y pasa por este punto de la Tierra una vez al día. Tras un rato de forzar mi vista y de limpiar el cristal de mi máscara, encuentro por fin el suave resplandor de la base espacial Ántroph, donde se han reunido todos los humanos restantes, aunque sería más preciso decir que allá arriba están todos los humanos importantes que quedan. Esa base es tan grande que puede verse a simple vista, como si se tratara de un intrépido papalote, pero hecho de metal. No me acompleja estar aquí abajo en soledad, mientras ellos esperan a que los extractores terminen de recolectar los recursos restantes de la Tierra para llenar sus reservas y así poder irse. Tienen un plan para sobrevivir, y para su mala fortuna, yo también. Tengo ansias por concluirlo, pero es temprano para cantar victoria.

Respiro hondo a través de mi mascarilla de oxígeno. El aire está enrarecido, así que supongo que al tanque que llevo en la espalda ya no le queda mucho para terminarse. Debo regresar al campamento para recargarlo. Luego de un largo suspiro que empaña por instantes los cristales de mi máscara, recojo mi morral con herramientas, me doy la media vuelta y bajo la colina de arena en diagonal, cuidando de no caerme. Lo que menos necesito es una fractura o torcedura que entorpezca mi labor. Mientras desciendo, mi mirada se desvía hacia el extractor con número de serie EX- 247; el objeto tiene medio kilómetro de alto, y por un instante, lo confundo con una pirámide. Qué absurdo. Las pirámides no son de metal, ni tienen luces a lo largo de su base, ni succionan petróleo del interior del planeta. No todas extraen petróleo. Algunas "pirámides" obtienen agua, otras guardan minerales, y otras se

dedican a obtener energía del núcleo de la Tierra. Que los privilegiados viajeros espaciales me disculpen por diferir con ellos, pero esto no es supervivencia, es cinismo y crueldad; la humanidad consumió los recursos planetarios hasta sobrepasar con creces su capacidad. Fue culpa colectiva, claro, pero es curioso cómo los principales empresarios y líderes mundiales responsables del problema son los primeros en haberse salvado, siendo que ellos condujeron al mundo a la ruina y se llenaron los bolsillos con ello. ¿Qué derecho tienen de tomar los últimos recursos de la Tierra y llevárselos? Me gustaría creer que la Tierra, de poder expresarse, lloraría ante semejante atrocidad, pero el planeta ha muerto. No derramará nunca más una lágrima por nadie o por algo.

Luego de descender por la colina, camino con paso rápido hacia mi campamento, un puesto de avanzada militar ubicado a un kilómetro de la pirámide extractora, y que quedó abandonado luego de la última evacuación. Son tres cúpulas blancas dispuestas como las aristas de un triángulo, unidas entre sí por tres largos pasillos. Había más de una base, pero la mayoría quedaron destruidas por causa de las guerrillas que estallaron por el control de los extractores y de sus recursos internos. Al final, el feroz clima ahuyentó a ambos bandos, quedando solo huesos y ruinas que las inclementes arenas del desierto sepultaron. Yo llegué después de eso, cual audaz ave carroñera, para recoger las sobras. No es mucho, pero he vivido en esa base abandonada durante diez años y debo admitir que me parece más familiar que mi antigua casa, aunque no la considero mi hogar por completo. Vaya actitud la mía, siendo exigente incluso en estos tiempos. Sobrevivo allí dentro, y con eso me debería bastar.

El campamento está provisto de un generador que funciona gracias a tres paneles solares, ubicados en el centro del campamento. Ese generador provee electricidad suficiente para tener luz de noche y mantener encendida la calefacción durante el día, además de alimentar un precario filtro de aire. Es de mala calidad, pero es mejor que morir por la baja concentración de oxígeno en la delgada atmósfera. Creo que he corrido con suerte. Fueron mínimos los arreglos que tuve que hacer para hacerla funcionar. En cierta forma, tal dedicación convierte a ese sitio en mi hogar, sin mencionar que aquí me siento a salvo. Sí, supongo que lo puedo llamar hogar, después de todo.

Ha sido duro adaptarse, pero es necesario para mis planes; la noche se ha convertido en mi fiel aliada, y el sol, en mi enemigo. Los ojos se acostumbran a las sombras, pero mis pies aún no se acostumbran a la arena. Es como si el fuego solar ablandara la Tierra con rapidez, porque los granos se repliegan y se tragan mis pies al menor descuido y para colmo las corrientes de viento son tan fuertes que amenazan con tumbarme si aflojo el cuerpo aunque sea un poco. Cada paso debe ser firme, pero no demasiado para evitar hundirme y llenarme las botas de arena. Quiero vivir, así que prosigo con mi andanza pese al tormento de

mi día a día, o más bien, de mi noche a noche.

Al llegar a la puerta metálica, abro mi chamarra apenas lo suficiente para sacar una tarjeta de identificación que me he colgado alrededor del cuello, pero es complicado bajar el cierre con estos estorbosos guantes. Debo soportarlo. Las feroces corrientes de aire llevan filosos granos de arena que cortan la piel, y para soportar el soplo de la muerte que me asecha, debajo de la chamarra llevo una malla de cuerpo completo revestida de grafeno que encontré la noche que descubrí el campamento, y que me sirve de armadura. Quizá lo más apropiado sería decir que encontré al antiguo dueño, muerto por asfixia, y reclamé su vestimenta. Antaño, hurgar a los muertos me habría quitado el sueño de por vida, pero el temor a convertirme en cadáver resultó ser un gran aliciente para ignorar mi ya extinta moralidad. Tras conseguir extraer y poner la tarjeta frente al lector, la puerta se abre automáticamente de par en par, permitiéndome entrar a un pequeño espacio que antecede a una segunda puerta. La primera puerta se cierra detrás de mí, y por fin puedo quitarme el traje. Dejo colgada la chamarra, el pantalón, mi morral y mi máscara en un perchero que está incrustado en la pared, y pongo las botas a un lado.

Entretanto, incrusto mi tanque de oxígeno en la terminal de recarga que hay al lado de la puerta, y con un leve pitido electrónico, la pantalla me marca que terminará de rellenarse en cuatro horas, debido a que el aire debe pasar por varios "pulmones" especiales que canalizan parte del aire del exterior para mezclarlo con las sobras de mi respiración y convierten el CO₂ en oxígeno nuevamente. Cualquiera diría que me las he apañado, pero ciertamente el sistema de reconversión de aire tiene fallas persistentes; los filtros deben limpiarse con frecuencia, porque de lo contrario, acabaría igual que el dueño anterior de mi armadura. Además, estos están afuera del campamento, en una caja aislante que los protege de la excesiva radiación del día, pero no de la arena. Al anochecer de cada día, me aventuro al exterior para remover la arena acumulada en las rendijas, pero como el clima es impredecible, no puedo confiar en que no llegará un tornado o una andanada de microflechas de arena que perforen mi frágil cascarón de carne. Para eso tengo la malla. Gracias a que ésta es de cuerpo completo, incluyendo pies y manos, no tengo que preocuparme por el contacto con la tierra, y dado que este tejido es especial, actúa como bloqueador de rayos UV, y tampoco se le adhieren partículas. No se moja, ensucia o rasga. Es un atuendo hecho específicamente para sobrevivir a este clima y terreno de mierda. Una armadura hecha por los mismos herreros que crearon la espada con la que se perforó el corazón del mundo innumerables veces.

Quedándome sólo con mi mameluco-armadura, presiono un botón plateado que activa la segunda puerta. Ésta se abre, pero rechina mucho y se desliza a tirones, medianamente trabada. Es por la arena acumulada en los cancelles. Poco puedo hacer para seguir reparándolas, pues no queda aceite y no desperdiciaré agua para ello. Luego de muchas

dificultades, las puertas se guarecen en las paredes, y puedo ingresar por fin al campamento en sí. Es como estar dentro de un condominio de iglús interconectados, pero hechos de acero blindado. Quepo muy bien en este lugar, podría tocar la parte más alta del techo de un brinco, pero la perspectiva curvada de estas cúpulas me incita a encorvarme instintivamente. Las ventanas rectangulares están curvadas, al igual que las paredes. La primera vez que una tormenta filosa azotó el campamento, creí que el cristal se rompería, pero resultó que ese supuesto cristal era en realidad oxinitruro de aluminio, un compuesto que hacía del aluminio una fría pero resistente placa transparente. Hicieron este sitio para resistir las inclemencias de la Tierra. Llego a pensar, no muy seguido, que es injusto; es como meter los brazos para defenderte de una cachetada que tu madre está por propinarte debido a tu pésimo comportamiento. Honestamente, esa idea me dura poco. Es más mi deseo de vivir que de reivindicarme con un planeta agonizante que no tiene consciencia para percatarse de que le trato de ofrecer una disculpa en nombre de toda su ingrata progenie.

La primera cúpula tiene un baño precario que no abarca mucho espacio. Es básicamente una bacinica metálica puesta al lado de un cilindro donde quepo de pie y que se llena de vapor de agua que rota, como si estuviera en medio de un tornado. O al menos, así funcionaba la ducha. No queda agua para esa función desde hace más de una semana. Quedan apenas tres litros de agua filtrada, mezclada con mi orina y sudor recolectados durante la jornada gracias a este mameluco blindado que llevo puesto. Es todo el líquido vital que me queda, e insisto, no lo desperdiciaré en nimiedades. El excremento es imposible de reutilizar, y como aquí no tengo plantas, ni siquiera puedo considerar convertirlo en abono. La bacinica donde se acumula la popó está casi llena, pero aún no es tiempo de sacarla. No desperdiciaré el aire por ir a sacar la mierda a diario. Le instalé una tapa que improvisé con restos de metal, con la que mitigo el olor que desprende, al menos hasta que puedo vaciarla. Debo esperar a que se llene la bacinica, para después ir a vaciarla, y aprovechando mi ruta hacia el extractor, me desvíó unas decenas de metros para depositar todo en una colina aledaña, pero lejana de mi campamento para no arriesgarme a que el viento embarre las ventanas. Llevo aquí una década, así que esa colina se ha convertido en mi vertedero personal. Lo raro es que no hay moscas. No hay insectos ni alimañas que rondan las sobras. Sólo estoy yo, cual cucaracha, viviendo a expensas de las sobras de la humanidad. Menos mal, ya no tengo que competir.

El estómago me ruge con insistencia, y no lo había notado hasta ahora por andar pensando en tonterías que me repito cada día para no enloquecer. Frente a mí, se extienden dos senderos, uno para ir a la cúpula de la izquierda y el otro para la cúpula de la derecha. Mi habitación está a la derecha. A la izquierda me espera la cocina, o al menos, lo que yo llamo cocina. Me dirijo a la izquierda, y reviso las únicas dos alacenas de plástico que están incrustadas en la pared, por encima de una mesa

curvada que tiene función de tarja, y donde también me preparo los alimentos. Hay un par de vasos, una pila de platos planos y algunos tazones de plástico en la primera alacena. En la otra sólo hay algunos sobres de alimentos cerrados al vacío. Esa porquería no es comida. Es una pasta con sabor a plastilina con muchas vitaminas, minerales, proteínas, carbohidratos y azúcares. Me resta un sobre. Se supone que debería comer dos sobres al día, pero racionar la comida me empujó a comer la mitad de un sobre en la mañana, y la otra mitad en la noche. Menos mal que esa masa pastosa es pesada de digerir. Abro la puertecilla de un pequeño refrigerador color beige, ubicado en un extremo de la mesa. Parece de juguete. No es más grande que la vieja caja donde mi gato Lego solía jugar y dormir todo el día, y donde lo hallaba al yo volver de la secundaria. Recuerdo haberlo enterrado en el jardín, junto a una rosal de pétalos blancos que mi mamá atesoraba por ser un regalo de aniversario de parte de mi padre. Pérdida tras pérdida... En fin. Adentro del refrigerador me espera la otra mitad del sobre que dejé empezado en la mañana, y sin pensarlo, estrujo el sobre con los dedos para que la pasta caiga directo en mi boca. Luego, me sirvo un vaso con agua de la llave. Está tibia, y sabe raro. Casi me da por maldecir esta casa llena de filtros viejos, pero me mantienen con vida.

A veces, me he llegado a preguntar si una vida precaria vale la pena. Todo depende de la perspectiva, creo yo, pues comparándome con otras personas aquí en la Tierra, estoy viviendo como lo haría alguien de la realeza. En tal caso, los que están en Ántroph serían equiparables a dioses refugiados en el Olimpo, pero yo los comparo más con infames piratas que, luego de haber saqueado nuestro navío, se alejan en el suyo, abandonándonos a nuestra suerte en medio del creciente océano etéreo.

Habiendo cenado, me giro y veo nuevamente dos senderos frente a mí: el de la derecha conduce de nuevo a la salida, y el de la izquierda, a mi habitación. Quiero descansar. Me quito el traje mediante un cierre oculto que recorre mi espina dorsal. Tengo brazos flexibles, así que no me causa ningún problema bajar el cierre. Eso me recuerda a cuando mi madre me pedía ayuda para subir la cremallera de su vestido carmín. Estábamos por asistir a mi fiesta de graduación de la universidad. Mi título de ingeniería en mecatrónica estaba en vías de trámite, y mi agenda estaba libre. Era la noche en que conmemoraba un cambio en mi vida y en verdad esperaba disfrutarla... una pena que no tuviese una idea de qué clase de cambio se avecinaba. Mi madre se retrasó por retocar su maquillaje una enésima vez. Yo, con la urgencia por irnos, fui a encender la camioneta, y entonces, un temblor de intensidad 10 en la escala de Richter azotó el país entero, cual castigo divino; la tierra se agitaba bruscamente con un ruido estremecedor que provenía de las entrañas del planeta. Millones de gritos inundaron el cielo, mientras cada edificación humana se derrumbaba cual castillos de naipes. Torrentes de lodo y agua brotaron cual geiseres, y la región se perfumó de olor a sangre y tierra mojada. Apenas unas decenas de personas sobrevivimos en mi comunidad,

estando a trescientos kilómetros del epicentro. La capital, junto a la mitad sur del país, quedó mermada entre grietas, inundaciones y lava ardiente debido a que el volcán cercano se resquebrajó ante nuestros ojos, volcando su cálida esencia fundida a borbotones. Por fortuna, la parte opuesta de la ladera del volcán a donde yo vivía colapsó, así que la lava no llegó a mi área. Todo quedó en ruinas. Mi madre no sobrevivió a la tonelada de escombros que la aplastaron. Poco recuerdo de lo que ocurrió después. Sólo puedo recordarme a mí... caminando, tambaleante... con muchos rasguños y trozos de vidrio incrustados en mi espalda, con un rumbo entonces desconocido. Un grupo de supervivientes me ayudó. Pedimos por ayuda internacional, y aunque el mundo quiso ayudarnos, no éramos los únicos con problemas; tsunamis masivos hundieron a Japón cual vil remembranza de los relatos sobre Atlantis. Tornados gigantes cual titanes arrasaron con casi la mitad de Estados Unidos. Europa quedó enterrado por una capa de nieve oscura de diez metros de grosor. La India, África y Oriente medio acabaron fritos por oleadas descomunales de calor que terminaron en sequías y hambruna extremas. En resumen, el planeta colapsó en poco menos de un año. Como respuesta al inminente cataclismo, el proyecto Ántroph comenzó veinte años antes del fin. Convenientemente, éste logró concretarse y despegar justo a tiempo con sus visionarios y adinerados tripulantes, dejando extractores especiales trabajando en zonas estratégicas del planeta para recolectar y llevarse lo que fuese necesario para la supervivencia de los humanos, o al menos, de esa facción acaudalada que pudo pagar por su salvación.

Sin haberme dado cuenta, mi rostro mugriento y grasoso está humedecido con mis lágrimas. Menudo desperdicio de agua. Inhalo fuerte para evitar que se me escurra la nariz, y me seco con mis muñecas. En verdad, quiero descansar. Lo necesito. Extraigo la bolsa de orina del traje de grafeno y la conecto a mi sistema casero de drenaje para que se vacíe, filtre y acumule en el tanque de reservas para su reutilización. Es asqueroso ir con una manguera conectada a mi uretra, pero no tuve de otra. Este maldito mameluco para adulto me mantiene con vida en más de una manera. En un principio no quise usarlo, pero los cortes en mi piel durante la primera tormenta que viví aquí me convencieron de que es mejor vivir con incomodidad que morir y quedar como queso rallado.

Oh... extraño el queso. Extraño la leche, y el pan dulce... tal y como cuando yo tenía seis años. Recuerdo que mi amorosa madre, que en paz descansa, me daba eso de cenar si lograba acabarme la sopa de verduras, y al arroparme en la cama, ella me contaba historias de un libro infantil grueso y pesado. Mi favorito era el de Hansel y Gretel, porque solía imaginarme encontrando una casa hecha de dulce, aunque sin brujas. Yo en ese entonces era feliz, y no lo sabía. Creía que esa etapa duraría toda la vida, pero claro, los tiempos cambian.

Esos melancólicos recuerdos ahora son cosa del pasado terrestre. Los únicos que cuentan con esos preciados recursos y aún conservan la

esperanza de recuperar su felicidad son los que están a bordo de la estación Ántroph. Se llevaron todo lo que pudieron, y enviaron a sus recolectores por el resto. Van a su nuevo hogar, y dejan atrás sólo migajas. Pútridas y tristes migajas que he recolectado copiosamente para encontrar mi propio camino. Esas migajas me han traído aquí, a las afueras del extractor. Casi estoy en mi destino.

Mi habitación apenas puede decirse que lo es. La cama es una plancha dura incrustada en la pared, y debo cubrirme con una manta de tonos metálicos que es muy ligera. Para dormir, me quedo tan solo con una camisa de tirantes que ya es más bien un harapo lleno de agujeros, y mis calzones negros. El cansancio me desmorona, y debería lavar la ropa para mañana, pero me da igual. Me recuesto tal y como estoy, y miro al techo curvado de la cúpula. Es muy deprimente ver ese color grisáceo. Usando un botón en la pared que tengo a mi lado izquierdo, permito que la cúpula retire la cubierta metálica cual cortina, dejando únicamente la cúpula transparente de aluminio transparente. Puedo ver el cielo de tonos carmín. Está amaneciendo. En el firmamento, entre las pocas estrellas que aún se alcanzan a ver, puedo vislumbrar la forma cilíndrica de la estación espacial Ántroph. A los pasajeros de la estación les urge marcharse. Lo sé porque yo también me impacientaría si hubiese estado viendo el planeta morir durante años. No critico su tristeza ante la problemática global. Lo que critico es su cinismo al sonreír, pues creen que su destino es convertirse en los nuevos pobladores del cosmos, aún después de ser los principales fumigadores. Carajo, ¡No puedo pensar en otra cosa! Reiterada es la idea, suprimidas son mis esperanzas de paz y consumidas quedan mis agonizantes horas de descanso por dedicarme a odiar a quienes no conozco, pero que magullaron mi vida y mi futuro con su egoísmo.

En lo que ellos cuentan los días para mandar la orden a los extractores de despegar y acoplarse a la estación, yo cuento los tornillos que le he quitado al extractor: seis mil ochocientos noventa y uno. Parecen muchos, pero no. A contrarreloj, mi labor ha consistido en abrirme paso por las entrañas de la pirámide; gruesos circuitos y cables, placas y tubos de refrigeración enredan y cubren copiosamente mi objetivo: el corazón de la máquina, una habitación donde yace la computadora que controla, de manera autónoma, todos los sistemas y códigos protocolarios de despegue, navegación, mantenimiento, extracción y almacenamiento de recursos. Conozco la ubicación de esa sala de control, porque mi padre diseñó los planos, y los he estudiado hasta el cansancio. Luego de diez años, mañana removeré al fin las últimas placas y lograré mi cometido. Claro, no todo es trabajo. He tratado de entretenerme jugando, pero el ajedrez es un juego de dos. Jugar por dos personas me desgasta la mente y pierde sentido, pues de alguna manera me gana la tentación de elegir el bando de las piezas blancas o de las piezas negras, dependiendo de mi humor, y jugar ligeramente peor en un turno para darme ventaja del otro lado. Así me ocurre con otros juegos similares. La estrategia es inútil cuando estás tratando de vencerte a ti mismo desde una única

perspectiva, y se le suma lo patético cuando finjo que soy dos personas a la vez. Por ello me centro en mi trabajo y en mi meta. Jugar es cosa del pasado.

Sé de antemano que no tengo posibilidades de que me acepten en la estación dado mi origen. Mi padre diseñó los extractores como veloces naves interestelares capaces de extraer recursos de otros planetas. Además, fue el ingeniero responsable de diseñar un sintetizador de materia que podría reordenar y modificar la estructura atómica de la materia para producir comida, agua, minerales puros, o compuestos químicos necesarios. Iba a ser revolucionario, la solución definitiva a la escasez de recursos que ya desde el año 2050 estaba asolando al mundo. Dicha tecnología, dicho sea de paso, me sería muy útil ahora, pero el prototipo está en la estación, probablemente siendo usado como cafetera. En fin. Pese a ser el salvador de la raza humana, mi padre fue despedido cuando éste se enteró del verdadero uso que le darían a sus inventos y negarse a cooperar. El último día de su vida, él salió de casa, diciéndome con una sonrisa que tenía que ir a ver a un amigo suyo, y aunque pude ver tristeza en su mirada, lo dejé ir, confiando en que nunca le pasaría nada malo. Su cuerpo fue hallado desnudo en plena calle. Según las autoridades, fue víctima de un ataque cardíaco provocado por estrés, para luego ser despojado de sus pertenencias por ladrones que serían perseguidos. Yo tenía cuatro años, pero desde entonces supe que era una mentira. Ciertamente o no, mi padre se había ido, y mi madre entró en una profunda depresión que sólo se diluía cuando ella iba a trabajar al bufete jurídico todo el día, pero dicho sentimiento de miseria regresaba cada noche, y me tocó a mí escucharla desgastarse en alma y voz a altas horas de la madrugada, para luego verla en la mañana yendo a trabajar con una sonrisa apagada. Yo me prometí esforzarme al máximo para hacerla feliz, así que decidí estudiar mecatrónica como mi padre, pues la carrera era muy bien pagada, y en mi inocencia de entonces, pensé que si conseguía un buen empleo, podría aspirar a comprar dos boletos para la estación espacial Ántroph, que por mis dieciocho años estaba en su fase final de construcción, y cuyos boletos se vendían con un lema pegajoso y cliché que decía algo como: "El destino de la humanidad yace en las estrellas".

Es gracioso cómo la vida misma te encarrila, o te desvía, dependiendo la perspectiva. Yo jamás me habría enterado de que los extractores eran obra de mi padre de no ser porque el día del épico terremoto que acabó con mi madre y mi ciudad, creí que las heridas me matarían, pero una brigada de rescate organizada por algunos supervivientes me encontró y me trasladaron a un campamento provisional a las afueras de la destrozada urbe. Mientras me desangraba, recuerdo haber tenido un sueño, que involucraba a mi padre sentado en su escritorio, rogando con ojos llorosos por teléfono que él haría lo que fuera, mientras no tocaran a su familia, para luego colgar la llamada y guardar un pequeño objeto dentro del marco de una foto donde salíamos él, mi madre y yo, de tres años, sonriendo, y a nuestras espaldas, nuestra casa en contraste con el

atardecer de un hermoso día de verano. Mi padre trataba en vano de contener sus lágrimas, mientras yo lo miraba a través de la puerta entreabierta de su estudio. ¿Fue una ilusión o un recuerdo? No pude aclararlo en ese momento, pero tras despertar, persistió en mí un sentimiento de duda que me llevó a regresar al lugar del siniestro y escarbar entre los restos de mi casa. Busqué con desesperación aquella fotografía, porque algo me decía que esa visión debía ser algo más que una construcción melancólica de mi pasado. Recuerdo que, luego de perder a mi padre, me llevé esa fotografía a mi habitación, pero no pude ponerla en ningún sitio, así que la guardé en una caja y la escondí bajo la cama. Removí un sinfín de rocas diminutas y me arrastré por el interior de las ruinas, hasta que conseguí hallar mi cama hecha trizas. Debajo de las astillas y el relleno de colchón, había una caja de zapatos aplastada, y al abrirla, ahí estaba la foto enmarcada, rota y casi irreconocible, pero con un milagroso regalo del pasado que volvía a mí; la memoria USB que mi padre ocultó seguía ahí, intacta. Dentro, venían todas las características y especificaciones de los extractores, además de varios documentos donde se demostraban los turbios negocios que financiaron el proyecto Ántroph, así como la lista entera de empresarios y políticos corruptos que habían acaparado las vacantes en la estación espacial para sus familiares y allegados, aunque conservando a un número reducido de gente trabajadora para mantener su mansión espacial en funcionamiento. Mi asco y odio por esa gente nació ese día, y juré hacer algo al respecto.

Lo demás vino casi de forma automática; tenía los planos, la evidencia documentada y los conocimientos necesarios para sabotear el proyecto. Intenté ser razonable y tratar de arruinar tales planes exponiendo tales documentos a los medios pero me fue imposible, pues los desastres naturales se desataron de forma simultánea por el mundo y arrasaron con cada poblado que alcanzaban. Los medios de comunicación quedaron restringidos a transmisiones de emergencia que, por supuesto, eran auspiciados y controlados por los gobiernos. No tardaron mucho en abandonar a la gente a su suerte, ya que los pocos refugios que había se saturaron y las autoridades se vieron forzadas a restringir el acceso con rapidez. Hubo rebeliones por mala repartición de recursos y corrupción. Hubo saqueos, riñas y hasta homicidios. Después de eso, el gobierno tomó su decisión; los pocos refugios que sobrevivieron los dos primeros años de hambruna y caos fueron trasladados a zonas secretas. Radio y televisión murieron, y fue entonces que dejamos de saber de los altos mandos. Dejamos de recibir noticias, tan solo rumores que llevaban y traían los transeúntes y migrantes que buscaban en vano un lugar donde vivir. Seguramente las personas de otras naciones hayan logrado subsistir en grupo, pero a estas alturas, sólo puedo pensar en que o bien se aislaron del resto de países para garantizar la viabilidad de sus precarias colonias de supervivientes, o murieron. Me da igual. En general, ya no me preocupo por la gente de aquí abajo, si es aún hay. Si en unos miles de años el planeta se recupera y la humanidad logra sobrevivir al colapso

para verlo, será asunto de las generaciones futuras, si es que las hay.

Carajo. Divagar entre mis frustraciones y recuerdos me es cada vez más común. Por años, mi mente ha reflejado mi vida en mis pupilas cada noche sólo para que mis sentidos se olviden del crudo presente que debo afrontar al romper el alba. Oh, ahí está; el sol está por salir en su totalidad. Es el momento preciso para volver a cerrar el techo, así que acciono el botón que está al lado de mi cama y, de paso, presiono un segundo botón para bajar la cortina metálica de la ventana para que la radiación no me llegue de ninguna forma. Antes de cerrar los ojos, presiono mi sien izquierda con mi dedo índice, haciendo que aparezca la hora, con números luminosos, flotando sobre mí. Es una ilusión perfecta que producen mis implantes oculares, que tengo desde que nací. Según esos diminutos números tridimensionales de color rojo que están a dos palmos de mi cara, son las cinco de la mañana. Con un par de indicaciones, hago que se abra una cuenta regresiva que obtuve al interceptar el itinerario de lanzamientos de la estación hace años; quedan veinticuatro horas para que las reservas estén a su máxima capacidad y se proceda al despegue del extractor EX- 247.

Todo va según lo planeado. Mi ropa está lista para mañana, y mis herramientas están listas para concluir el trabajo... oh, es verdad. Me levanto para buscar un preciado objeto que he guardado bajo la cama, en una caja diminuta de metal. Al usar mi huella dactilar como identificación, la tapita de la caja se abre de par en par y me da acceso a la memoria que rescaté de los escombros. Se ve antigua y desgastada, pero funciona. Normalmente la dejaría en su caja, pero la nostalgia es anormalmente fuerte esta vez, y la saco por primera vez en mucho tiempo para que duerma conmigo. No tengo bolsillos, pero la malla de mi traje es ajustada, así que estiro el tejido por la zona del cuello y me pongo la memoria en el centro del pecho. Dios... es como tener la voluntad de mi padre acompañándome. Sin haberlo notado, mi mente haya unos segundos de paz que atesora y abraza. Es extraño, rememorar un trauma generalmente me trae angustia y dolor, pero esta vez es distinto. Lo que siento solo puede describirse como: alivio. De ese alivio que se siente al haber zanjado todos los asuntos. La existencia se vuelve simple, al menos por un rato. Mañana, será cuestión de ir al extractor, quitar unos cuantos tornillos, y...

Acabo de despertar. Faltan aún seis horas para que anochezca, pero no es mi alarma la que me despierta, sino un temblor que está sacudiendo el campamento de arriba abajo, pero no tan bruscamente como para temer por la integridad de mi refugio. Me levanto de la cama con una ligereza digna del viento mismo, pero en ese instante, se detiene el temblor. Es extraño. No ha habido temblores en la región en más de siete años, pero no sería extraño que pasara. De pronto, escucho un insistente zumbido grave que proviene de afuera. Suena como si se hubiese encendido una aspiradora gigante... el color abandona mi rostro. Me apresuro a presionar

el botón que levanta la cortinilla metálica de la ventana, y me subo a la cama para asomarme al tormentoso exterior. Lo que veo me provoca un violento vuelco en el corazón, y mi respiración se entrecorta: la nave está levantando una intensa nube de arena. Está preparándose para hacer ignición; ese sonido tan distintivo corresponde a la etapa de drenado de los cohetes, con la que se expulsa cualquier rastro de arena, aire y basura de los conductos. Es el preámbulo para el evento principal, y si pretendo estar en primera fila, debo salir ya. Tratando de recuperar la compostura, uso mis implantes oculares para visualizar la cuenta regresiva del despegue y calcular mi tiempo, y con horror me doy cuenta de que el contador se ha actualizado: faltan cinco minutos para que la nave se vaya. ¿Qué sucedió? Para saberlo, tendría que llegar a la consola y ver el estatus de la nave. Sea cual sea mi objetivo, la clave está en subir al extractor cuanto antes.

Mi mente amenaza con quedarse en blanco, presa del pánico, pero mi propósito se aferra a mis neuronas con raíces de acero. Domando los impulsos de la adrenalina recorriendo mis venas, recojo mi traje y me subo la cremallera de la espalda con torpeza, pues me tiemblan las manos. No me puse la bolsa para orinar, pero no la olvidé, es sólo que ya no la necesito. Tras ponerme el mameluco, corro directo a la primera puerta para salir. La tarjeta de acceso se quedó colgada en mi cuello, y menos mal que fue así. Con mis sudorosos y torpes dedos uso la tarjeta para abrir la puerta, pero ésta sigue atascándose como siempre. Uno, dos, tres, cuatro segundos han pasado y la primera puerta no termina de abrirse. Mi desesperación incita a mis manos para que se atrevan a empujar las puertas hacia los lados y abrirme camino, pero me aferro a la lógica y aguardo a que terminen de abrirse lo suficiente para pasar de lado, todo eso mientras me muerdo la lengua para calmarme. Apenas el espacio entre las puertas automáticas es suficiente, me arrojo para pasar y, tras tragarme la sangre que salió de mi lengua herida y amargarme la boca con el amargo sabor de mis fluidos, me coloco el resto de mi ropa; pantalón, botas y chamarra calzaron sin dificultad. Mi máscara y mi tanque de oxígeno van después. Sello la máscara con el traje y abro el tanque para que comience a fluir el aire, para luego ponerme los guantes y mi morral con herramientas tal que éste queda con la correa cruzada sobre el pecho para poder correr sin temor a perder algo. Si acaso, lo único que temo es no llegar a tiempo a la nave.

Abro la segunda puerta, y me recibe una fuerte corriente de viento que por un instante me empuja de nuevo hacia adentro, pero me sujeto firmemente de las puertas y me impulso para salir corriendo hacia el extractor. Mientras corro por las ardientes dunas cuidándome de no hundirme en ellas, mi cuerpo comienza a resentir la intensa radiación, y el aire al interior de mi traje se calienta hasta volverse sofocante. Apenas puedo respirar, pues para colmo, el tanque en mi espalda no está protegido contra la radiación y, mientras el metal se calienta, el aire que guarda también lo hace. No me importa. Debo correr, debo llegar a la

pirámide. Siento el corazón palpitándome en la boca, en los labios, en mi lengua herida. Mi piel emite vapor que me empaña el interior de la máscara, pero mientras sea capaz de vislumbrar la silueta puntiaguda de la inmensa estructura metálica, no me perderé. Correr por la arena resulta cada vez más difícil. Mi cuerpo entero grita que pare, y con cada bocanada, mis pulmones se van negando más y más a asimilar el aire caliente que les introduzco.

Mantengo los brazos alzados para afrontar la tempestad y continúo avanzando encorvado y lo más en línea recta que puedo, mas la arena no se deja vencer y amenaza con derrumbarme ante el menor descuido. Justo al momento de alcanzar a meterme en el túnel que me tomó diez años abrir, la nave empieza a sacudirse y un ruido ensordecedor, similar al de un feroz torbellino en medio de un huracán, amenaza con noquear a mi cerebro. Conozco ese sonido; la base de la pirámide tiene dieciséis motores cohete que han guardado combustible por más de quince años. Para despegar, el combustible que estuvo en reposo por tanto tiempo debe entrar en un ciclo de reflujo para volverse homogéneo de nuevo. Ese proceso tarda media hora, y solo cuento con ese tiempo para llegar a la cámara, remover los tornillos y entrar. Fácil, pienso mientras una irónica sonrisa se dibuja en mi rostro.

Luchando por mantenerme consciente pese al ruido, me arrastro ágilmente por las turbulentas entrañas de la maquinaria espacial, en un camino ascendente que me llevará al corazón de la pirámide a una altura de doscientos cincuenta metros. Olvidé mi lámpara, pero no hay problema, conozco la ruta de memoria; me arrastro entre cables, tuberías y placas metálicas dobladas, zigzagueando por el laberinto cual si fuese la madriguera en que me crie, hasta que, con todo el cuerpo acalambrado por el largo trayecto, llego a una pared de triple placa de aluminio reforzado. Es la última barrera entre el cuarto de comando y yo. Saco mi taladro del morral y, tanteando la placa, comienzo a retirar las numerosas tuercas que aseguran la placa al resto de la estructura. Con presionar el gatillo del taladro, las tuercas tardan unos segundos en zafarse y caer a mis pies, y paso a la siguiente. Pronto encuentro el ritmo: Seis mil ochocientos noventa y dos. Separo, agito y posiciono el taladro. Seis mil ochocientos noventa y tres. Separo, agito y posición. Seis mil ochocientos noventa y cuatro. Separo, agito y posiciono. Debido al extremo calor que siento, aguanto la respiración y me arranco la máscara con desesperación así como la chamarra y, mientras me seco la cara con la malla del antebrazo, saco el tubo de la máscara y me lo pongo en la boca para volver a respirar. Inhalo por la boca, exhalo por la nariz. Inhalo, exhalo. Debo mantener la serenidad. Seis mil novecientos doce... seis mil novecientos veintiuno. He removido la mitad de las tuercas, y el sonido del reflujo de combustible empieza a disminuir en ritmo y en intensidad. Tengo que darme prisa. Abundante sudor resbala y me recorre la piel. Baja por mi frente, mis cejas y los costados de mi nariz, para finalmente acabar en mi boca. Me propongo ignorar el cosquilleo que me produce la

humedad en la zona entre mi nariz y mis labios. Dejo que el sudor baje hasta mi mejilla y caiga. Cierro los ojos muy fuerte para que el sudor de los párpados se despeje. Continúo mi labor. Nada romperá mi concentración. Seis mil novecientos cuarenta y cinco... seis mil novecientos cuarenta y ocho...

Y... ¡seis mil novecientos sesenta! En cuanto remuevo la última tuerca, mi corazón palpita animosamente en mi pecho. Tantos años de mantener la cuenta, y por fin me siento libre de olvidarla. Enseguida, guardo el taladro en el morral y me apresuro a remover la enorme placa con una palanca de hierro que confeccioné de un trozo de la nave y que dejé escondida entre los cables. Me apresuro a remover la placa, la cual, por desgracia, no se desprende debido a que dicha placa está siendo apretujada por el resto de placas, como una pieza de rompecabezas testaruda. Es muy, muy pesada, y exige el máximo esfuerzo de mis músculos para hacer que se mueva. Cada leve crujido me motiva más y más, hasta que, con un milagroso "crac", ésta se desprende un poco, dejando abierta una pequeña hendidura por la que se cuela la luz roja de la cámara interior. Ese rayo de luz, aunque insignificante en sí mismo, me hace sentir esperanza. Con esa motivación, clavo la palanca por la parte más angosta de esa hendidura y, con un brinco, uso mi cuerpo como contrapeso. La placa se rinde y se desprende, dejando un espacio cuadrado de un metro cuadrado por el cual meterme, pero desgraciadamente la placa cae parcialmente sobre mi pie derecho, y pese a que sentí los huesos de mis dedos volverse añicos, la malla protectora impide que éste reviente. Mi grito, por otro lado, no lo contuvo nada. Mi voz quebrada retumba y recorre las entrañas de la máquina, a la vez que el tubo del suministro de aire se resbala de mi boca. En ese instante, el extractor comienza a sacudirse de forma violenta. Es como si mi grito hubiera alertado a la nave. Cojeando y con el llanto y el dolor a flor de piel, aguanto la respiración por mero impulso de vivir y me introduzco torpemente en el agujero que abrí. Del otro lado, pongo primero mis manos sobre el suelo metálico de la cámara y arrastro mi cuerpo para terminar de meterme, hasta quedar de rodillas. Las lágrimas resbalan copiosamente por mi nariz hasta caer al piso. Mi pierna pierde sensibilidad a cada segundo que pasa. No importa, debo apresurarme...

La cuenta regresiva aparece ante mis ojos con un tono de alarma que sólo escucho yo, y para mi desgracia, llega a cero. La nave despegue con una aceleración de 10 m/s^2 , haciendo que me azote contra el suelo y me mantenga adherido por la fuerza gravitatoria y la aceleración constante. Mi visión se nubla, y el mareo me agobia... el frío del suelo contra mi mejilla es, paradójicamente, la única sensación agradable...

Despierto de golpe, jadeando por falta de aire. Con la poca lógica que me queda, busco el tubo de aire y me lo introduzco nuevamente en la boca, dando una bocanada que me renueva el alma y el cuerpo. Debo centrarme, y comienzo un proceso de pensamiento que me lleva apenas

unos segundos; según las etapas del despegue de la nave, se encendieron los motores, pero sólo la mitad de ellos lo han hecho a su máxima capacidad, mientras que los otros reservan combustible para las siguientes etapas de aceleración y separación. Ahora, según mis cálculos, la nave se va a elevar por dos minutos, que es cuando iniciará la primera etapa de separación. Por la hora que marcaba mi reloj holográfico antes de desfallecer, la fuerza G me dejó inconsciente treinta y seis segundos, lo que me deja con menos de sesenta segundos para la primera turbulencia. Para colmo, tengo una hemorragia interna en el pie y la atmósfera se percibe más y más liviana conforme el tiempo pasa. Para salvarme, debo sellar la cámara antes de salir del planeta, y luego parar el sangrado. Debo... hacerlo rápido.

Primero, el sellado de emergencia. En la habitación, frente a mí, yace una terminal con una única entrada para un cable en el centro. Parece una pequeña columna de apenas un metro de alto. No tiene botones. Por un instante, maldigo mi suerte por no tener cómo acceder al sistema de navegación, pero tras levantarme, me hago consciente de un persistente dolor en el pecho, hasta que caigo en la cuenta de que llevo la respuesta bajo la malla de mi traje. Rápidamente, saco la memoria de por debajo de mi mameluco y, arrastrándome como humanamente puedo, logro sujetarme e introducir el dispositivo en la terminal. Encaja perfectamente. Este maldito mameluco ridículo... ah, qué carajo. Amo esta prenda.

La consola reacciona al dispositivo y, gracias a la llave maestra en forma de código que mi padre dejó guardada ahí, la terminal me da acceso total y se abre un lente proyector que emite una luz azul que da lugar a la pantalla de comando, así como a un teclado holográfico. Quedan veinte segundos. Me sujeto de la columna para intentar erguirme, y apoyándome en mi único pie sano, me dispongo a acceder al sistema cmd de la computadora para comenzar el hackeo. Con una rápida serie de comandos en lenguaje JavaScript, consigo el control de la habitación, y al darle "aceptar", cuatro cortinas metálicas descienden del techo para sellar y reforzar las paredes, tapando el agujero cuadrado por el que entré. Al momento, se reestablece la presión de aire en el cuarto con el suministro de reserva que tiene la nave. Por primera vez, prescindo del tanque de oxígeno caliente que he usado por años. Este aire helado y puro me atiborra las fosas nasales y me llena los pulmones, quienes me agradecen enormemente la dosis de oxígeno fresco y me piden más con desesperación. En lo que mi cuerpo se revitaliza momentáneamente, me centro en pasar a la última fase del plan...

La nave se estremece violentamente y acelera, haciéndome caer al suelo de nuevo. Se escuchan varios crujidos simultáneos bajo la nave. Esa fue la primera etapa, en la que se desprenden los primeros fragmentos de los cohetes para aligerar el peso y aumentar la velocidad para poder escapar de la fuerza gravitatoria del planeta. En cuanto se estabiliza la nave, vuelvo a erguirme, con náuseas y un dolor de cabeza persistente, para

continuar con la tarea. Según mis cálculos, seguiré ascendiendo por cuarenta segundos, y entonces se desprenderá la coraza exterior de la pirámide, y tendré un espacio de dos minutos antes de que empiece la segunda etapa de separación. Quisiera decir que tengo tiempo de sobra, pero si no corrijo los parámetros de navegación antes de llegar a la segunda fase, se volverán inaccesibles incluso para mí.

Luchando por mantener mi mente estable por el sangrado que aún no he detenido, accedo al sistema de navegación con total maestría, y por fin, puedo ver la ruta de vuelo, así como todos los parámetros de vuelo; ritmo de aceleración, velocidad de la nave, ruta de vuelo, monitoreo de combustible, variómetro o indicador de altura, temperatura de los motores, resistencia del viento, estatus de propulsores y demás. Es un panorama caótico, pues en la pantalla holográfica hay un sinnúmero de líneas de código que luchan por desalentarme por su gran complejidad, pero puedo ver a través de ellas. Sé lo que me dicen, y lo que me ocultan. La nave vuelve a estremecerse, pero ahora la sacudida es leve y casi imperceptible. La coraza se desprendió al fin. Me restan 120 segundos. Falta poco. Tras mucho esfuerzo, ingreso al apartado donde yacen los cálculos de trayectoria, y veo aquella sección del código correspondiente a la secuencia de acoplamiento del extractor EX- 247. Tras cambiar un par de líneas de código, le doy a "aceptar", y es entonces que la nave vuelve a estremecerse un poco, pero no lo suficiente para tumbarme. Ha finalizado la segunda etapa. Logré cambiar el código a tiempo, y más aún, logré hacerlo con bajo perfil. Los ingenieros en la estación espacial no notarán el cambio hasta que sea tarde. Restan tres horas para que el extractor arribe a la estación espacial Ántroph. Debo mantenerme con vida para verlo.

Cuidadosamente me siento en el suelo, recargando la espalda contra la columna de la consola y, sonriente por mi hazaña, comienzo a bajarme la cremallera. He ganado esta batalla, pero no es el final. Debo ver cómo está mi pie. Sin embargo, apenas logro bajar la malla hasta las rodillas, pues el dolor se vuelve insoportable ahora que no tengo nada más en qué pensar. Para parar la hemorragia, uso mi camisa de tirantes para hacer un torniquete a la mitad de la tibia y así cortar la circulación. Mi desnudez no representaría un problema en general, pero el aire helado de la cámara me provoca estornudos recurrentes. Luego de una vida en el desierto, me descubro intolerante al frío. Por otro lado, un charco de sangre se escurre fuera de la malla luego de acercarme a la zona afectada, por lo que el suelo queda manchado. Con esta luz roja, la sangre se ve más bien como un líquido negruzco que me entibia la piel de la pantorrilla. Ajusto el torniquete hasta que el resto del pie se me adormece, y para entonces, puedo quitarme la malla para sacar la sangre que se acumuló dentro. Por desgracia, para hacerlo debo liberar mi pie. Al remover la malla, lo hago con la delicadeza de quien trata de limpiar una antigua taza de porcelana mientras se mantiene en equilibrio en una cuerda floja. Cada movimiento equivale a sentir mil agujas ardientes entrando y saliendo de mi carne, y

mi parte más instintiva lucha por hacerme parar. Un centímetro, un millar de agujas. Otro centímetro, otro millar de agujas. Mis jadeos y gritos resuenan en la habitación sellada, de modo que el eco de mis gritos vuelve a mí con la contundencia con que emergieron del interior de mi garganta desgarrada. Al sacar mi pie por completo, lo que encuentro es devastador; de la mitad hacia el talón está la piel oscura, mientras que de la mitad hacia los dedos, sólo hay un trozo de carne molida que la piel retiene con la eficacia de una delgada bolsa de plástico con agujeros. Los huesos de mis dedos se rompieron y algunos sobresalen entre la carne. Mis uñas están completamente quebradas. El dedo meñique se salvó, pero está negro por dentro y mojado en sangre por fuera. Es obvio que he perdido el pie. Sólo me queda una cosa, y es cauterizar la herida. En ese instante, quedan menos de cuatro minutos para que llegue la tercera etapa, en la cual la nave se desprenderá de los últimos lastres y llegará a su velocidad final para mantenerse en órbita, aproximadamente a 27000 km/h.

Parte del tirante de mi morral quedó prensado con una de las cortinas que descendió para sellar la habitación, por lo que debo arrastrarme y pasar por encima del charco de sangre para llegar a él. Dentro, tengo un soplete. Tiene medio tanque lleno porque casi nunca lo necesité. Será suficiente. Para llevar a cabo el procedimiento, rompo el tirante de mi morral y lo enrolló para ponerlo entre mis dientes. Lo siguiente que hago es sacar un desarmador y, tras sentarme de nuevo en mi lugar, procedo a calentar la barra de metal con el soplete hasta que queda al rojo vivo. Mi mano se detiene a medio camino. Mis jadeos son cada vez más cortos, y mi espalda se siente helada por el sudor en contraste con la helada superficie metálica de la columna en la que estoy recargado. De repente, un pequeño chorrito de sangre brinca de entre mi carne y moja el suelo. No hay tiempo de seguir dudando. Fulmino mi desarmador con el fuego del soplete y arremeto contra mi carne viva. El siseo oculta por instantes mi llanto y mis ganas de morir de tajo, y conforme el dolor se prolonga, mi llanto se convierte en una risa descontrolada y enfermiza. ¿A qué se debe tal risa? Fácil, el aroma... el maldito aroma me humedeció la boca. Me causa gracia el haber tenido la fugaz idea de comerme mi pie sólo por el delicioso aroma a rostizado que despide, pero me causa asco y repulsión también. La saliva que se acumula en mi boca emerge por mis comisuras y resbala por mi barbilla. Me esfuerzo en dejar la mente en blanco, dejando un único pensamiento: "Debo... terminar... de cauterizar". Repito la operación otra decena de veces, y sin temor ni prejuicio, río hasta que mi abdomen pide clemencia, y sigo cauterizando hasta que por fin mi pie ya no derrama sangre. Es entonces que la nave entra en la tercera etapa. Se siente un leve tirón. La última carga ha sido soltada y la velocidad alcanzada es suficiente para mantener a la pirámide viajera en órbita, aunque sería más exacto decir que ahora su forma se asemeja más a la de un dardo gigante que transporta cuatro mega depósitos blindados y repletos de combustible fósil. Por otro lado, la habitación se ha impregnado con el olor de mi propio cuerpo en cocción a término medio.

Me tiemblan las manos. De hecho, me tiembla el cuerpo entero. Tengo un frío tremendo, pero al menos la tortura casi termina. Me acuesto en el suelo húmedo, sin importarme ya nada en absoluto, y cierro los ojos un rato.

De pronto, la pantalla holográfica titila con una escandalosa señal de alarma que me despierta. Al mirar a la pantalla, veo con horror la frase que más temía: "INTRUSIÓN DETECTADA", y mi corazón, que hacía unos instantes había recobrado el ritmo, ahora amenaza con colapsar. Según mi cuenta regresiva, quedan veinte minutos de arribar, y los de la estación Ántroph han descubierto mi presencia y los cambios que he hecho en el código fuente. Son más astutos de lo que pensé. Debo crear una serie de barreras para evitar que escaneen y modifiquen el código que he reescrito, pues necesito que la nave mantenga la velocidad el suficiente tiempo para que, una vez pasado cierto punto, no puedan detenerla o desviarla.

Reuniendo la poca energía que logré reponer durante mi siesta, me pongo de pie. Me planto sobre ambos pies, y canalizo el dolor punzante para convertirlo en mi medio principal para mantenerme despierto y alerta. Voy a pelear hasta no dar más. Las líneas de código emergen de mis dedos manchados de sangre cual balas de una ametralladora engrasada, y la pantalla ya no es más que una cascada interminable de códigos que anulan comandos, reescriben llaves de acceso y abren y cierran puertas traseras sin cesar. Poco a poco voy ganando terreno, protegiendo el código de la trayectoria y del acoplamiento como si fueran mi Rey y mi Reina en el más importante juego de ajedrez que la humanidad haya tenido. Conforme los programadores invalidan mis barreras frontales, yo hago un "enroque" y levanto otras barreras detrás y creo puertas falsas que los conducen a fragmentos de código fantasma, pero luego ellos responden eliminando dichas puertas falsas y regresan para tratar de invalidar mis credenciales y cortarme el paso, pero me adelanto a esos movimiento y ya tengo previstas varias rutas de escape y varios contraataques dependiendo de si van por el sistema de propulsión, la ventilación, la electricidad o por mi Rey y mi Reina. Todas mis piezas están protegidas... Por primera vez en años, estoy divirtiéndome. Quién habría imaginado que encontraría compañeros de juego en un momento como este. El placer de medir mi habilidad con alguien más es tanto que el dolor en mi pie queda mitigado y denigrado a una simple incomodidad en mis ausentes dedos.

Nuestro encuentro se prolonga demasiado. Esto empieza a aburrirme. Decido terminar esta partida con un movimiento que, hasta el momento, no había visto; finjo desatender los protocolos de vuelo y, mientras ellos intentan tumbar las barreras que dejé, yo cambio de programa y me dirijo al sistema de comunicaciones, y me aventuro a utilizar su vía de comunicación con la nave para entrar en su propio sistema y, ya adentro, aprovecho para alterar su sistema de navegación para que no puedan

desviar la estación. Lo siguiente que hago es borrar varios de los párrafos de su código fuente que corresponden a la decodificación de señales, y al remover los algoritmos de cifrado por completo, su antena se volverá un insulso pedazo de metal. Finalmente, con un último tecleo, guardo los cambios hechos en el código, forzando la interrupción de la comunicación. He ganado la partida. Gané... gané... gané.

El éxtasis que siento me recorre las piernas y me hace desplomarme en el suelo, sonriente. No me importa haberme golpeado la nuca contra el suelo metálico, o tener la mitad de mi pie deshecho. Este dolor ya no importa, ya no interesa, porque cumplí... cumplí con la promesa que me hice, y que persigo hace más de diez años. Para bien o para mal, al sentir alcanzada la meta y dejar de correr, el peso de esos años me alcanza al fin, y me ablandan el alma lo suficiente para hacerme sollozar a todo pulmón. Viví en el infierno por tantos años, que saberme lejos de allí me parece lo más parecido al perdón divino del que tanto hablaba mi madre durante sus noches de vigilia... mamá, por fin te entiendo, por fin mi corazón sabe lo que sentía el tuyo; la pérdida, la frustración, la culpa, la ira, la impotencia... todo lo que afrontaste y que tuviste que ocultar por tratar de no afectarme...

Pasa un largo rato, hasta que la pantalla holográfica vuelve a parpadear, y al mirar de reojo, confirmo con alegría que es la alerta que tanto anhelé presenciar: "PELIGRO, COLISIÓN INMINENTE". Así es como siempre debió ser. Este era mi destino, el que yo busqué recogiendo migaja tras migaja; la pérdida de mi padre. La pena de mi madre. Las noches de desvelo universitario. La muerte de mi madre. El dispositivo con la voluntad de mi padre en su interior. Los valles ardientes y desiertos que crucé buscando los extractores. Los años que sobreviví en las ardientes dunas de mi amada Tierra. Las noches enteras que pasé taladrando, cortando y perforando la pirámide para llegar a su centro. Los miles de amaneceres que soñé con mi familia, que fantaseé con llegar a la cámara y con ver a la estación Ántroph volar en mil pedazos... valieron la pena. Quedan treinta segundos para la colisión, y guardando silencio como tributo al mundo devastado que dejé atrás, espero. El silencio antes del fin es sepulcral. Sólo mis latidos y la plenitud de mi alma me acompañan. Cielos, sí que es curioso. El destino de la humanidad... al final sí que reside en las estrell...